

único ritmo de nuestra libertad y de nuestra civilización.

Sería atroz la liberación que surgiría de Trento y Trieste con semejante régimen de corrupción, de miseria y de vergüenza.

Hijos, no volváis

No cedáis a las amenazas de los consules de Italia, ni a los insultos de la prensa procaz que vive de los fondos secretos de los ministerios.

No es verdad que, negándose a volver, el Gobierno pueda confiscar la pequeña propiedad que podáis poseer en los lugares donde habéis nacido. El trozo de tierra que habéis heredado con vuestro sudor nadie os lo tocará.

No es verdad que, desafiando hoy el decreto de movilización seréis, volviendo el día de mañana, procesados y condenados a tres años de presidio. ¡Ni haréis siquiera un día de prisión! Porque de las cosas que no os tocará el Gobierno es de la guerra victoriosa y tendrá necesidad de adquirir indulgencias, haciéndose perdonar masacres y la ruina, y absolverá con una amnistía general a cuantos por una razón o por otra no se han presentado a los consules y a los cuerpos de reclutamiento; y si es lo contrario, si el Gobierno es derrotado, éste ya no será más Gobierno, y el nuevo que surja tendrá que proceder de acuerdo con las circunstancias.

No es verdad, en la peor hipótesis, que no podamos veros más si no obedecéis hoy a los decretos del Rey y de su Gobierno. El día que por adversidad de la fortuna o por la ferocidad de los gobernantes tuviéramos que destruir la muralla de una condena, no pudiendo hacer otra cosa, abandonaríamos a Italia para siempre, e iremos con vosotros a vivir la vida en el destierro o en el suplicio.

No volváis porque ensangrentaréis las manos vuestra en la carnicería en que está envuelto el viejo mundo, desencadenando sobre el destino de los siervos las maldiciones de la civilización y de la venganza de la Historia—lejos, pero sagrado a nuestro afecto y a vuestro noble trabajo—

persistir, que nosotros sabremos sacrificarnos, ya que tanto os amamos; y en el impulso generoso contra los horrores de la guerra, en el odio contra sus provocadores infames, en la severa piedad por los inconscientes, recogerá los desdenes, la revuelta, los ímpetus de todo corazón, y toda mente, y la tierra, madre hermosa y buena, restituirá igual a todos los hijos a otras fronteras, heraldos del amor, sacerdotes de la justicia, soldados de la libertad.

Hijos: por el amor santo a la madre que os ha concebido y en el olor dorado a luz; que por vosotros ha derramado sangre y os coronó de besos siempre y no vive, no piensa, ni sufre más que por vosotros.

Hijos: por nuestro amor, no volváis.

LAS MADRES DE ITALIA
a sus hijos emigrantes en las dos Américas
Palermo, julio 1915.

Los hombres y los gobiernos pasan, pero quedan las ideas y las iniciativas que motivan en las luchas para la conquista del progreso y de la libertad.—VICTOR HUGO.

EL ORDEN SOCIAL

Lo que hoy se entiende por orden, según los partidarios de lo existente, es la monstruosidad de que hayan de trabajar nueve décimas partes para procurar feijo, felicitades y satisfacción de todas sus pasiones, hasta las más execrables, a un puñado de holgazanes. El orden es privar a la mayoría, a cuantos trabajan, de lo que necesita para una vida higiénica, para el desarrollo racional de las facultades intelectuales; es reducir a nueve décimas partes de la humanidad al estado de bestias de carga, viviendo apenas al día, sin derecho a pensar en los goceos que al hombre procura el estudio de la ciencia, la creación del arte...

El orden es la miseria y el hambre convertido en estado normal de la sociedad; es el campesino irlandés muriendo de difteria, de tifus, de hambre a consecuencia de la escasez, en medio de montones de trigo que se exportan al extranjero; es el pueblo italiano obligado a abandonar la fértil campiña de su país para rodar por Europa buscando túneles que perforar y otros trabajos que hacer, en donde expone su vida diariamente y en donde muere aplastado en plena juventud; es la tierra arrancada al campesino, para destinarse a engordar ganado que sirve para nutrir, gaudes; es el suelo baldío, abandonado, sin cultivo, antes que restituirlo a quien le arrancó, con el esfuerzo de sus brazos,

el pan sagrado de su familia. El orden es la mujer que se rinde para alimentar a sus hijos, es el niño reducido al presidio de una fábrica; o a morir de hambre; es el obrero convertido en máquina. Es el fantasma del obrero sublevado a las puertas del rico, el pueblo indignado, armado cual gigantesca Némesis, a las puertas de los gobernantes.

El orden es una minoría insignificante educados en las cátedras gubernamentales—que por esa sencilla razón se impone a las mayorías—y educa a sus hijos para ocupar más tarde las mismas funciones, con objeto de mantener los mismos privilegios, por la astucia, la corrupción, la fuerza y el crimen; es la guerra continua de hombre a hombre, de oficio a oficio, de clase a clase, de nación a nación; es el cañón sin cesar en Europa un solo instante su estampido de muerte; es la devastación de los campos, el sacrificio de generaciones enteras en la guerra, la destrucción en un año de todas las riquezas acumuladas en muchos siglos de ruda labor.

El orden es la servidumbre, el embotamiento de la inteligencia, el envilecimiento de la raza humana, mantenido por el látigo y el fuego; es la muerte continua por el grisú, sepultando a miles de desventurados mineros, destruyéndose, convertidos en piltrafas por la rapacidad de los patronos, o ametrallados, acrimbrados a bayonetas, si intentan quejarse de su suerte negra. El orden, en fin, es el lago de sangre en que ahogan la *Commune* de París; es la muerte de treinta mil hombres, mujeres y niños destruyéndose por las bombas y la metralla, enterrados con el blanco sudario de cal viva en las calles de París; es el destino de la juventud rusa condenada a podrirse en las cárceles y a ser sepultada en las nieves de la Siberia, y los mejores, los más enérgicamente puros, los más heroicos, a morir ahorcados por la cuerda del verdugo, ¡he ahí el orden!

PEDRO KROPOTKINE

La guerra y la paz

Mirando al porvenir.—Consecuencias fatales de la guerra.

«Llora del azote de la guerra, al que sucederá una concurrencia transitoria, las naciones comprenderán el interés que tienen en coordinar sus esfuerzos, en organizar sus trabajos, a fin de sacar de la herencia común, del patrimonio universal, todo lo que puede suministrar para satisfacer las necesidades de los hombres, para multiplicar sus goceos, y de ese conjunto de trabajos dirigidos al mismo fin, habrá una masa inculcable de útiles productos, que la ciencia, desarrollándose, aumentará sin cesar...»—ALEJANDRO

Puede que alguien afirme que somos monomaniacos del pacifismo; que no queremos reconocer el aspecto bello de la guerra; que ignoramos que las gloriosas victorias de Alejandro fundaron la sociedad moderna y crearon la civilización, beneficios de que disfrutamos, bien a pesar de todas las invasiones de los bárbaros; pero quien tal crea y afirme, mantiene una falsa creencia, sufre una lamentable equivocación. La guerra ha sido, en tiempos pasados, de una utilidad indiscutible; no era menos cruel, pero se justificó su necesidad. Hoy, todo lo que constituye el florecimiento de los pueblos y la fortaleza de las razas, no puede, como antiguamente, conquistarse por medio de la fuerza, de la violencia.

«Obligados nos vemos a despreciar todo el absurdo engranaje de la civilización, y creemos necesaria, imprescindible, de urgencia el hacer añicos los pedestales de todo poder, para que pueda aparecer en el horizonte la divina aurora de la paz universal. Pero no se crea que para eso es necesario que los hombres sean mejores: causas contrarias a las que en estos tiempos originan guerras, mantendrán la paz en épocas futuras. No obstante, para evolucionar, es casi siempre necesario destruir.»

La luz no puede penetrar fácilmente en la sombra a través de un muro. Tras las rudas tareas que hacer, en donde expone su vida diariamente y en donde muere aplastado en plena juventud; es la tierra arrancada al campesino, para destinarse a engordar ganado que sirve para nutrir, gaudes; es el suelo baldío, abandonado, sin cultivo, antes que restituirlo a quien le arrancó, con el esfuerzo de sus brazos,

tes de los pueblos, embajadores de las naciones, ciudadanos del Universo, profetas de los mundos, unios para poner fin a esa locura del acero, más asesina que la fiebre de la batalla; unios para repintar la manía criminal de los armamentos y salvar al mundo, que es hoy presa de un mal más mortífero que la guerra: la paz armada!

Toda lucha exige su víctima. La guerra, infinitas. Sus consecuencias económicas son terribles. El publicista alemán von Block, asignaba la cifra de 15 francos como valor del soldado-día, en guerras futuras. El capitán Lauth, encontraba excesiva esta cifra y evaluaba el soldado-día en 750 francos, fundándose en que durante la guerra del '70, el coste fué de 625 francos.

Estos datos son anteriores al comienzo de la actual guerra.

El mismo capitán Lauth, hizo el cálculo de lo que costaría una guerra entre Francia y Alemania, y fundándose en los referidos 750 francos, halló la cifra de 27.500 millones en un año. El pobre capitán ha quedado a la altura de un aeroplano sin hélice: como todos los profetas, fracasó.

La guerra con el Japon le costó a Rusia más de seis mil millones; dos mil quinientos nos costó a nosotros la pedantería americana, cuyo origen puede hallarse en la suprema estirpe del pueblo español. Seis mil quinientos millones la guerra rusa-rusa de 1877. «La de 1870 costó mil millones, se opuso la obra de la Reforma, que sirvió para exaltar más el fanatismo religioso y consolidar más la fuerza del Estado.

El movimiento emancipador de la Revolución Francesa, que amenazaba acabar con todos los privilegios y gerarquías, se opuso la obra del liberalismo burgués, mixtificando los fundamentos principios de los derechos del hombre.

El movimiento económico-social del proletariado, que tiende a la completa emancipación del hombre contra el Estado, y la capital y la religión, afirmando la independencia individual como fuente de vida, de amor y belleza, se ha opuesto la obra de los «liberadores» burgueses, provocando con la guerra actual una gran crisis en el campo proletario, al torcer la vía recta que conduce a la Revolución Social y a la Sociedad Libre.

Es decir, que ni lo religioso, ni lo político, ni lo económico, la humanidad ha dado ningún paso sólido y decidido para emanciparse del fanatismo, de la esclavitud y de la explotación. Las mismas creencias de antaño perduran hoy.

Se ha dado vueltas y más vueltas a la «noria» humana, acabando siempre por donde se había empezado.

Y es que se confía todavía en un dios falso e imaginario, y se cree aún en una libertad ficticia y engañoso, dando por resultado que el individuo ha sido siempre el eterno juguete de todas las ilusiones y de todas las ruindades humanas.

La guerra actual nos da una ilustración clara y precisa de nuestros asertos.

Ha bastado que el Estado declarase a la civilización en peligro, acusando a otros Estados enemigos de querer detener el carro del progreso humano, para que los campeones de los principios individuales volvieran grupas y se decidieran a romper lanzas contra los enemigos de la civilización, convirtiéndose en defensores entusiastas del principio colectivo de la burguesía.

Los que en 1913 eran intransigentes antimilitaristas y antiguerrerros, se volvieron en 1914 militaristas recalcitrantes y fogosos guerreros. El drama de Sarajevo nos mantiene un poder y los satélites que se adhieren a él como los moluscos a las rocas. Cuando piensan en ellos, no pueden por menos de reconocer la viscosidad repugnante del pulpo. ¡Parásitos! ¿tendéis conciencia? Y tú, pueblo, funde en oro el precioso sudor de tu frente para comprar la púrpura de los reyes; conquista un capital inmenso con el poderío muscular de tu brazo, para adquirir perlas y diamantes y esmeraldas y adornar con ellas las estupefiantes imágenes de las iglesias; dóblate por los riñones, bajo el sol de agosto, ante la tierra fecunda, y siega la dorada espiga, con ella, con su valor, podrás regalar a los impositores negros sotanas de seda, soidesos forrados de raso, anillos de oro y hebillas de plata. Que tus hijos se muerdan las manos y los pies y mueran de hambre en la desesperación fría de una noche invernal. Eso no importa; que tú también tienes hambre y muerdes el palo del azadón; que regales a un hombre todo el producto de tu brazo generoso y recibes de él una limosna como una gracia de los dioses. Eso no importa. «La sociedad» dice Bossuet—tiene el deber de proporcionar el bienestar a todos sus miembros. Y tú, pueblo, no te das cuenta de que estás fuera de esa sociedad que disfruta, y que tú,

únicamente nosotros, somos los que les proporcionamos esos beneficios. ¡Eso no importa! ¿verdad? No quiero saber nada, no quiero recordar nada. Alguien te ha dado a conocer este fragmento de George Sand: «Este miserable murmullo que atruena nuestra edad, no es más que un eco de palabras vacías y declamaciones sonoras, en donde el corazón y el espíritu buscan en vano un rayo de calor y de luz.»

Y yo te recordaré este otro: «Todos los elementos de fuerza y de actividad marchan en desorden y se detienen paralizados ante el chloque universal.»

Conservados en la memoria, ciudadanos; medita en ellos. Y elevemos los tronos. Que su altura sea mayor que la del

LA "NORIA" HUMANA

Cuando algún espíritu fuerte e iluminado ha trazado una línea recta que sirviera para dirigir al hombre hacia una sociedad verdadera y justa, no han faltado mixtificadores que torcieran aquella vía para volver de nuevo hacia la esclavitud y las tinieblas.

En todos los tiempos, en todas las épocas, se ha tratado de tergiversar las nacientes ideas emancipadoras, alejando siempre al hombre de la verdadera libertad.

Al movimiento revolucionario del Renacimiento, que afirmaba la iniciativa individual y negaba la tutela religiosa y autoritaria, se opuso la obra de la Reforma, que sirvió para exaltar más el fanatismo religioso y consolidar más la fuerza del Estado.

Al movimiento emancipador de la Revolución Francesa, que amenazaba acabar con todos los privilegios y gerarquías, se opuso la obra del liberalismo burgués, mixtificando los fundamentos principios de los derechos del hombre.

El movimiento económico-social del proletariado, que tiende a la completa emancipación del hombre contra el Estado, y la capital y la religión, afirmando la independencia individual como fuente de vida, de amor y belleza, se ha opuesto la obra de los «liberadores» burgueses, provocando con la guerra actual una gran crisis en el campo proletario, al torcer la vía recta que conduce a la Revolución Social y a la Sociedad Libre.

Es decir, que ni lo religioso, ni lo político, ni lo económico, la humanidad ha dado ningún paso sólido y decidido para emanciparse del fanatismo, de la esclavitud y de la explotación. Las mismas creencias de antaño perduran hoy.

Se ha dado vueltas y más vueltas a la «noria» humana, acabando siempre por donde se había empezado.

Y es que se confía todavía en un dios falso e imaginario, y se cree aún en una libertad ficticia y engañoso, dando por resultado que el individuo ha sido siempre el eterno juguete de todas las ilusiones y de todas las ruindades humanas.

La guerra actual nos da una ilustración clara y precisa de nuestros asertos. Ha bastado que el Estado declarase a la civilización en peligro, acusando a otros Estados enemigos de querer detener el carro del progreso humano, para que los campeones de los principios individuales volvieran grupas y se decidieran a romper lanzas contra los enemigos de la civilización, convirtiéndose en defensores entusiastas del principio colectivo de la burguesía.

Los que en 1913 eran intransigentes antimilitaristas y antiguerrerros, se volvieron en 1914 militaristas recalcitrantes y fogosos guerreros. El drama de Sarajevo nos mantiene un poder y los satélites que se adhieren a él como los moluscos a las rocas. Cuando piensan en ellos, no pueden por menos de reconocer la viscosidad repugnante del pulpo. ¡Parásitos! ¿tendéis conciencia? Y tú, pueblo, funde en oro el precioso sudor de tu frente para comprar la púrpura de los reyes; conquista un capital inmenso con el poderío muscular de tu brazo, para adquirir perlas y diamantes y esmeraldas y adornar con ellas las estupefiantes imágenes de las iglesias; dóblate por los riñones, bajo el sol de agosto, ante la tierra fecunda, y siega la dorada espiga, con ella, con su valor, podrás regalar a los impositores negros sotanas de seda, soidesos forrados de raso, anillos de oro y hebillas de plata. Que tus hijos se muerdan las manos y los pies y mueran de hambre en la desesperación fría de una noche invernal. Eso no importa; que tú también tienes hambre y muerdes el palo del azadón; que regales a un hombre todo el producto de tu brazo generoso y recibes de él una limosna como una gracia de los dioses. Eso no importa. «La sociedad» dice Bossuet—tiene el deber de proporcionar el bienestar a todos sus miembros. Y tú, pueblo, no te das cuenta de que estás fuera de esa sociedad que disfruta, y que tú,

Mont-blanc! o el Himalaya, porque cuanto más elevados, más terrible será la caída: las tiranías llegarán a su grado máximo; no quiero recordar nada. Alguien te ha dado a conocer este fragmento de George Sand: «Este miserable murmullo que atruena nuestra edad, no es más que un eco de palabras vacías y declamaciones sonoras, en donde el corazón y el espíritu buscan en vano un rayo de calor y de luz.»

Y yo te recordaré este otro: «Todos los elementos de fuerza y de actividad marchan en desorden y se detienen paralizados ante el chloque universal.»

Conservados en la memoria, ciudadanos; medita en ellos. Y elevemos los tronos. Que su altura sea mayor que la del

ALBERTO SEIGLAND

de caer los pueblos en manos de la reacción ya ha pasado a la historia. Los grandes tiranos, que son actualmente los grandes capitalistas, se han vuelto los más entusiastas reformistas y celosos liberates. Ellos son los que dictan a los jefes de Estado medidas democráticas para conservar su tiranía económica. Ya no hay ningún país europeo que no sea influenciado por la reforma política.

Alemania, pastradical del liberalismo y padre de la Reforma, no será quien abandone sus tácticas contemporizadoras con el pueblo. Los hombres de estado alemán conocen demasiado las necesidades de las multitudes, teniendo gran empeño en continuar su política democrática. Nada más que el rápido crecimiento del socialismo en Alemania, es una garantía para tranquilizar a los timoratos defensores de las libertades del pueblo.

Inglaterra, tierra clásica de la tolerancia política y religiosa, refugio de los perseguidos extranjeros, iniciadores del liberalismo alemán, no puede tampoco desvelar a los centros de las libertades populares.

Francia, cuna de todas las revoluciones, dispensadora de los sacrosantos derechos del hombre, trono soberano de las voluntades populares, república única en su género por sus leyes eminentemente democráticas, no será el país que infunda sospechas de traición a los intereses de los pueblos.

Rusia, que un tiempo constituía un poder absoluto y retrógrado, con la ayuda de los buenos oficios de los liberales ingleses y de los democráticos franceses, se ha ido transformando en un país moderno por excelencia, demostrando con la creación de la *Duma*, saber satisfacer las aspiraciones liberales de su pueblo.

Austria, que tampoco se consideraba no hace muchos años como un modelo de liberalidad, ha sabido imitar sabiamente el sistema contemporizador de su congénere alemán, demostrando también en los últimos tiempos saber apreciar los principios democráticos, con los cuales ha podido asegurar el orden y la integración de sus diversas razas y pueblos.

Italia, madre de la libertad, realizadora de las supremas aspiraciones de su pueblo, que supo humillar y despojar de su poder temporal al príncipe reinante de la iglesia católica, tampoco puede dar lugar a murmuraciones entre los amantes de la liberación de los pueblos.

Ni tampoco otros pueblos que han hecho causa común en la guerra actual, de menos importancia geográfica pero de igual calidad política, se les puede tachar de constituir un peligro para la libertad de los pueblos, pues hasta Turquía, que no hace mucho tiempo era considerado el país más bárbaro de Europa, y que contra ella guerrearon los más exaltados campeones de la libertad, ha dado también pruebas de saber gobernar liberalmente, desde que el famoso Comité de Jóvenes Turcos lanzó el manifiesto bajo el revolucionario tema de Unión, Libertad y Progreso, no pudiendo desde entonces las multitudes musulmanas, envidiar nada a los demás pueblos europeos.

Pero, ¡alto ahí!, celosos defensores de estas reformas, de este liberalismo, de esta democracia, de esta libertad. Nosotros no comulgamos con vuestro credo y con vuestras aspiraciones; estamos distanciados de vosotros cual dos polos divergentes. Porque, si realmente todas las naciones europeas están regidas por un mismo sistema político, social y económico; si el Estado ha llegado en todos los países a su apogeo democrático, dentro de los límites victimarios de la guerra actual, pasar a montones por nuestra vista, masas humanas que se lanzan al suicidio, impotentes para salvarse de esta epeopeya burguesa. Pero los ideales elevados no se encarnan en los espíritus débiles y poseídos, sino que hacen flor: en los espíritus fuertes, tenaces y decididos.

A nuestro entender, el peligro racional

nos identificamos en esta lucha de intereses de Estado o de conveniencias burguesas, que son completamente opuestas a nuestras aspiraciones emancipadoras.

«Ahí, se nos dirá: hay de los vuestros que sienten simpatía por nuestros ideales burgueses, y ante el temor de que desaparezcan, derraman generosamente su sangre para salvarlos. A lo cual, nosotros responderemos: son los eternos impulsores de la «noria» humana: han acabado por donde empezaron.»

Nosotros no pensamos ni acabar ni empezar; simplemente continuamos nuestra rutina, sin preocuparnos si hay quien tiene el capricho de hacerse despedazar en esta guerra para darse el gusto de favorecer a este o al otro gobierno, puesto que todos nos oprimen y nos coaritan nuestro pensamiento, nuestra acción y nuestra vida.

Sabemos que nuestros ideales no desaparecerán, venga lo que viniere; sabemos que las fuertes individualidades se conservarán intactas, aunque llegue a destruirse media humanidad; sabemos que para hacer desaparecer la sociedad actual, no hacen falta masas ni partidos, sino que se necesitan caracteres bien empleados, personalidades que no se dobleguen, que tengan un elevado concepto de su misión revolucionaria.

Somos, pues, lo que fuimos, obraremos como obramos, atacaremos como atacamos a la sociedad burguesa, empleando para ello todos los medios de lucha, aprovechando todas las oportunidades, haya guerra o haya paz. Consideramos el campo de lucha lleno de enemigos uniformes, igual armados y todos opuestos a la emancipación del individuo.

Creadores del movimiento racionalista, que pone al hombre en condiciones de analizar la sociedad presente para cimentar los ideales igualitarios bajo una base sólida y verdadera, seguiremos nuestro camino separados completamente de la órbita estatal y burguesa, procurando hacer mentalidades libres y emancipadas de todo prejuicio político, social y económico.

No salimos del campo burgués para no volver jamás. Y si las libertades creadas para la burguesía llegasen a peligrar, no seremos nosotros quienes armaríamos el hombre para salvarlas. Todos los castillos falsos se desmoronan por sí solos, y todas las libertades ficticias deben desaparecer. Que sea en esta guerra o en otra hercatombe humana, para el caso es lo mismo. Lo que conviene para nuestros ideales emancipadores es ver el despotismo cara a cara, la explotación con su fealdad desnuda, el engaño con su risa estúpida y satánica.

Decimos a los defensores de esta falsa civilización: ¡Caballeros, fuera caretas! Cada cual que se quede como estaba, conservando su propia fisonomía. No queremos dar más vueltas a la «noria» humana.

JAIME VIDAL

San Francisco, California, julio de 1915.

TRISTEZAS EN LA LUCHA

Y llegamos al punto capital de cuanto hemos dicho hasta ahora. El tema nos sugiere abundantes reflexiones y, pues ello es así, propónese el cronista recogerlas y explicarlas con toda claridad y con el mejor espacio posible.

Hay quienes luchan con la pluma, con la palabra, o simplemente, con la acción. Renunciamos, por ahora, a estudiar los dos primeros aspectos. Es más esencial el último. Existen propagandistas que creen imprescindible en toda empresa la conducción energética y vigorosa. De ella, dicen, depende muchas veces el éxito de los aspirantes y la bondad de la lucha. Y, en honor a la sinceridad, no conceptuamos equitativa la publicación del grupo anarquista-comunista «Labor», de París; el concurso del grupo federativo ukrainian «Tierra y Libertad»; el apoyo prometido por varias agrupaciones internacionales y en particular algunos grupos balcánicos y la Federación Anarquista Tchèque, al mismo tiempo que otros grupos rusos (de Moscú, Varsovia, grupo «El Internacional» y otros varios), nos hicieron concebir la esperanza de establecer sólidamente nuestro órgano y desenvolverlo con más intensidad al sólo fin de extender nuestra propaganda en Rusia.

En principio todo parecía favorecer nuestro intento. La realidad, ella misma, despertaba y fortificaba la esperanza del próximo advenimiento de la revolución: las huelgas acompañadas de conflictos sangrientos en las colonias inglesas del Sur africano; la huelga revolucionaria, que duró varios meses, de mineros del Colorado; la tempestad de manifestaciones sangrientas en la *Romanne roja* y otras provincias de Italia, y, en fin, la lucha heroica, detrás de las barricadas, de los obreros de San Petersburgo (al mismo tiempo que la

que se le reclama porque no le pertenece. Eso, sí, las contiendas han de ser, en todo caso, justas y legítimas. De otro modo, perjudicaríamos el esfuerzo desplegado, aparte de que sería inútil. Valerse de la fuerza para causas innobles, equivale a algo muy indigno y no nos debemos sentir los que ansian eras de paz y vida libre.

Nunca está demás el consejo de los expertos. El periodista y el tribuno también deben ser escuchados. La advertencia oportuna evita, en muchos casos, una defraudación de esperanzas que siempre influye con perjuicio en el ánimo de quien la experimenta. Con mayor motivo si la gente es nueva, no acostumbrada ni avenida aún a los embates de la lucha. Por otra parte, el tribuno y el periodista aludido, tienen que mantener permanentemente, incesantemente, el espíritu rebelde en el pueblo. Y con él, anhelos de educación. No se olvide que la cultura y la rebeldía son los puntales precisos para triunfar en la vida.

Para terminar. Cerráramos nuestro artículo anterior aconsejando, para abrirse paso en la vida, que cada cual forjara un elevado concepto de su misión revolucionaria. Somos, pues, lo que fuimos, obraremos como obramos, atacaremos como atacamos a la sociedad burguesa, empleando para ello todos los medios de lucha, aprovechando todas las oportunidades, haya guerra o haya paz. Consideramos el campo de lucha lleno de enemigos uniformes, igual armados y todos opuestos a la emancipación del individuo.

ANICETO ESPINA

Almanaque de TIERRA Y LIBERTAD

A cuantos se consideran con fuerzas intelectuales suficientes, se les pide su colaboración para formar el ALMANAQUE DE 1916.

Tengan en cuenta los interesados, que tal obra requiere, sobre todo, amabilidad, arte y claridad de exposición. Que cada uno saque lo mejor y más original de sus disposiciones literarias, sociológicas y científicas, y sepa decirlo en buena lógica, correctamente.

A nuestro juicio no debe ser el ALMANAQUE una manifestación doctrinal pesada y fría, sino que debe reunir en sus páginas notas de actualidad, conocimientos útiles, proabios candentes de inspiración ideológica, grabados intencionados de buena ejecución, datos interesantes para la propaganda libertaria, fina ironía, razones de peso, artículos concisos y de enjuiciamiento instructivo, pertinentes sueltos, anécdotas, historietas bien desarrolladas en galana forma, y en fin, todo cuanto pueda interesar a la cultura general y a la elevación moral adonde.

Sea, pues, tal enumeración como un resumen de los valores cerebrales de los que trabajan por la educación humana, y que amigos y adversarios vean en él lo que son, lo que pueden y lo que valen los que de anarquistas pueden calificarse.

Por mi parte, profundamente agradecido de la confianza con que me favorece el grupo editor de este semanario, procuraré con todo mi entusiasmo y capacidad satisfacer cumplidamente el ideal porque luchamos, siendo mi más ferviente deseo, que la obra que se me encomienda adquiera un completo éxito, superando, si es posible, sin jactancia ni humildad, la que en años anteriores realizó el insignie Lorenzo.

Examinaré con gran cuidado cuantos trabajos se envíen a este fin y hará una selección metódica de todo lo que merezca el honor de la estampa.

Apréhense, pues, las buenas disposiciones en plétora de voluntad y actúen con energía el fósforo cerebral que posean para la buena causa de la anarquía, a todos recomendada.

M. COSTA-ISCAR

A todos los camaradas

Al comenzar, hace un año próximamente, la publicación de *Tocsin*, nosotros perseguíamos dos objetos: de una parte desahucarnos que nuestra revista fuera el órgano de combate del anarquismo ruso, y de otra, ligarlo íntimamente al movimiento revolucionario, que empezaba a renacer en nuestro país.

El apoyo inmediato que prestó a nuestra publicación el grupo anarquista-comunista «Labor», de París; el concurso del grupo federativo ukrainian «Tierra y Libertad»; el apoyo prometido por varias agrupaciones internacionales y en particular algunos grupos balcánicos y la Federación Anarquista Tchèque, al mismo tiempo que otros grupos rusos (de Moscú, Varsovia, grupo «El Internacional» y otros varios), nos hicieron concebir la esperanza de establecer sólidamente nuestro órgano y desenvolverlo con más intensidad al sólo fin de extender nuestra propaganda en Rusia.

En principio todo parecía favorecer nuestro intento. La realidad, ella misma, despertaba y fortificaba la esperanza del próximo advenimiento de la revolución: las huelgas acompañadas de conflictos sangrientos en las colonias inglesas del Sur africano; la huelga revolucionaria, que duró varios meses, de mineros del Colorado; la tempestad de manifestaciones sangrientas en la *Romanne roja* y otras provincias de Italia, y, en fin, la lucha heroica, detrás de las barricadas, de los obreros de San Petersburgo (al mismo tiempo que la

República francesa fraternizaba con el zarismo sangriento)...

Todo parecía anunciar que la hora del castigo se aproximaba... Mas, en efecto, lo parecía solamente, pues apenas el eco de la lucha de las barricadas de San Petersburgo y de los sucesos revolucionarios de Italia no se habían completamente extinguido, que siniestros nubarrones velaban el horizonte y el espectro de la guerra se alzaba ante la Europa aterrizada.

¿Quién hubiera sido capaz de prever que el acto terrorista de los revolucionarios de Bosnia provocaría, no actos análogos, sino que desencadenaría una espantosa matanza de pueblos que, por obediencia a sus gobiernos, van al presente a exterminarse en los campos de batalla?

La débelle del movimiento internacional obrero no ha podido pasar sin repercutir en nuestros grupos. Separados (en tanto que refugiados) de nuestro país, no hemos podido oponer resistencia alguna a la guerra. Pero nos hemos esforzado, en medio de esta humareda militarista que envuelve a Europa entera, en llevar, de concierto con las camaradas de otras naciones, la propaganda contra la guerra y de defender nuestra bandera roja internacional.

Nuestros amigos los miembros de la Federación Anarquista Tchèque han sido en su mayoría encarcelados. La misma suerte ha sido reservada a numerosos camaradas rusos sorprendidos por la guerra en Austria o en Francia. Las relaciones con Rusia han sido totalmente interrumpidas.

En estas condiciones nos era imposible continuar la publicación de nuestra revista *Tocsin*.

Si embargo, un grupo de camaradas que, a causa de los sucesos actuales, se encontraba en Suiza, trabajó cuanto le fué posible a fin de continuar la publicación, y después de salvar muchos obstáculos pudo, en fin, realizar su proyecto.

Nuestra iniciativa encontró eco en el grupo «Labor», entre los ucranianos, que han logrado escapar a las represiones, entre los miembros de la Internacional Anarquista y particularmente en el grupo búlgaro «El Pensamiento Obrero», lo mismo que entre una falange de camaradas de América, Italia, Holanda, España, Inglaterra y Francia.

Reconfortados por este apoyo, reobramos nuestro trabajo y nuestra energía, contando siempre con la ayuda de todos los camaradas de la Internacional Anarquista.

Nosotros creemos que la hora se acerca, en la cual será necesario tomar las armas, pero no éstas que tratan de ponernos entre las manos para servirnos de ellas contra nuestros hermanos, sino el fusil ya oxidado de los comunistas... Y a fe que sabremos servirnos de él hasta vencer o morir.

Esperando que el momento llegue, sembraremos sin cesar el espíritu de revuelta. Debemos acordarnos en todo momento que no tenemos patria. Nuestra patria es la Tierra. Nosotros no tenemos otro enemigo que la dominación en todas sus formas: religiosa, política, económica y social.

Nuestros esfuerzos deben tender al advenimiento de un mundo libre, basado sobre el trabajo lo mismo que en la igualdad y la solidaridad de todos.

He aquí por qué nosotros deseamos: 1.° La destrucción de todas las instituciones que, en conjunto, forman el Estado burgués. 2.° La creación de una organización de trabajadores libres en el lugar del Estado destruido.

«Levantemos, pues, bien alta la bandera de La Internacional!» Agrégmonos a su alreredor.

«Que nuestra llamada despierte en unos la inquietud, el miedo en los otros, y sobre todo, la esperanza y el espíritu de lucha entre los trabajadores.»

¡Abajo las fronteras! ¡Abajo los Estados! ¡Viva La Internacional Obrera! ¡Viva La Anarquía!

Por el grupo «Tocsin» (Nabat).